

## Capítulo 5

Doña Cristina daba el último toque a sus cabellos rubios, que ya empezaban a encanecer, y al mismo tiempo con el rabillo del ojo seguía en un espejo la marcha del reloj colocado sobre el mármol de una chimenea.

Eran las tres de la tarde, y a las cuatro tenía que asistir, en Bilbao, a una junta de señoras, de la que era presidenta, en el Colegio del Sagrado Corazón.

Pepita no iría con ella. Decía estar enferma; se quejaba de dolores de cabeza, de un malestar general; en fin, cosas de muchacha; y doña Cristina la dejaba en el hotel bajo la vigilancia del *aña* Nicanora.

Sánchez Morueta estaba en Madrid desde hacía una semana, muy atareado por los nuevos negocios que todos los meses hacían necesaria su presencia en la capital. Su esposa aceptaba con gusto estas ausencias. No era que el millonario se opusiese a los gustos de su mujer e interviniera en su vida; pero ésta sentíase mejor cuando estaba sola, sin ver aquellos ojos fríos, que no transparentaban el más leve reproche, pero que a ella se le antojaba que la seguían en todos sus movimientos, como una protesta muda.

Pepita presenciaba desde un rincón el tocado de su madre. No escapaba a su atención el gran cambio que aquélla había sufrido. Los trajes elegantes se apellaban ahora, abandonados en el guardarropa, sin que nuevos encargos a París y Madrid vinieran a sustituirlos. Se preocupaba algunas veces de las galas de su hija; quería verla elegante, y le daba consejos mirando los periódicos de modas con la misma bondad con que una persona mayor discute con un niño sobre juegos. Iba siempre vestida de negro, con telas pobres y sin brillo. La hija notaba en sus ropas interiores un abandono, una rudeza, que algunas veces llegaba a rebasar los límites de la higiene. Revelábase en ella el desprecio a la carne que sienten los devotos fervorosos, el abandono físico, la santidad cantada como mérito celestial en la vida de muchos santos.

Deseaba mortificar su cuerpo, y su hija la veía en la mesa repeler los mejores platos, los que en otros tiempos eran más de su gusto, y que ahora le causaban repugnancia. De su dormitorio habían ido desapareciendo poco a poco todos los muebles que significaban ostentación o comodidad. En el resto de la casa tronaba el lujo suntuoso y sólido, mientras en su cuarto sólo quedaba una cama de criada, angosta y dura, que había hecho bajar de las buhardillas, y un Cristo grande y ensangrentado, que ocupaba casi un lienzo de pared, entre dos cromos de vivos colorines representando a Jesús y a María abriéndose el pecho para ofrecer sus corazones inflamados.

Muchos días, las criadas encontraban la cama intacta. La señora —según ellas afirmaban en sus conversaciones de la cocina— dormía en el suelo o no dormía. Sus ropas interiores, que cada vez llegaba con mayor retraso a las pilas del lavadero, tenían salpicaduras de sangre. Una doncella había recogido olvidado sobre su cama un horrible cinturón de esparto, un cilicio de los más sencillos que fabricaban ciertas monjitas de Beogoña.

Todos en la casa adivinaban las mortificaciones a que sometía su cuerpo la señora, y sin embargo, la veían sonriente, con una dulzura melosa en la voz y en el gesto, elevando los ojos a la menor contrariedad y exclamando: «¡Todo sea por Dios!» En ciertos momentos se dejaba arrastrar por su carácter imperioso, como si llevase en el cuerpo algo que exacerbaba sus nervios con oculta molestia; pero al momento replegábase dentro del caparazón de su bondad y con los ojos pedía perdón por su arrebatado.

El marido no parecía advertir el abandono físico y la transformación moral de su esposa. Hacía años que no pisaba el suelo de su dormitorio. Cuando hablaba con ella, volvía la vista o la miraba con ojos vagos y sin pensamiento que parecían no distinguirla. Ni una protesta, ni una pregunta, como si en el fondo le complaciese esta transformación, que le apartaba de ella, haciendo imposible todo retroceso.

Pepita seguía, con una expresión de lástima en los ojos, el tocado rápido de su madre. Se peinaba a ciegas, sin el menor rasgo de coquetería.

—Mamá, ponte la capota negra: es muy bonita y te sienta bien.

Doña Cristina movió la cabeza.

—No, hija; nada de sombreros. Eso pasó. Cada cosa a su edad. Yo soy vieja, y no está bien que quiera lucirme en unas reuniones que son para bien de la religión.

—¡Pero si es una capota muy «seria», muy «religiosa»!

—La mantilla, hija; lo tradicional, lo que llevaban las gentes buenas y antiguas antes de que llegasen tantas maldades del extranjero.

Y aquella mujer todavía hermosa, con el encanto sabroso de la madurez, que ensanchaba sus formas, aterciopelándolas, parecía complacerse con dolorosa coquetería en apreciar en el espejo, mientras se colocaba la mantilla, las canas que cortaban el esplendor rubio de su cabellera, las ojeras azuladas y dolorosas, su boca plegada por un gesto lloroso, como si estuviera en perpetua oración. Doña Cristina iba a salir.

—Mamá, ya sabes mi encargo —dijo Pepita.

—No lo olvido —contestó la madre con sonrisa bondadosa—. No debía hacerlo, porque la mentira siempre es un pecado; pero, en fin, puede mentirse cuando no es en perjuicio de tercero. Tiraré por ti del hilo, para que las buenas madres no se enteren de tu pereza.

Pepita imitaba la estratagema inocente de muchas de sus compañeras cuando no querían asistir a las reuniones de las Hijas de María. En el salón del colegio había un gran cuadro con los nombres de las congregantas, y al lado de cada uno de ellos un cordoncito azul con una pequeña bola de marfil. Al entrar, las señoras tiraban del correspondiente cordoncito para marcar su asistencia, y las amigas se encargaban algunas veces de hacerlo por las ausentes, engañando a las monjas, que, terminada la reunión, examinaban la lista con una curiosidad meticulosa.

Pepita, pensando en el cuadro, veía el salón de reuniones de las Hijas de María con su lujo monástico y el mapa de la Orden, principal adorno de la pared. Era un mapa de colores acaramelados, en el que figuraban Europa y América, marcándose con pequeños corazones inflamados las poblaciones donde el jesuitismo femenino tenía establecidos sus colegios. El Atlántico, de un azul de confitería, había sido rebautizado con un nuevo título: «Océano de Bondad». Y nadie podía adivinar el sentido de esta bondad atribuida al Atlántico por la monja autora del mapa.

Doña Cristina salió apresuradamente. Ante la escalinata del hotel la esperaba el automóvil, una máquina soberbia, que había costado a Sánchez Morueta cincuenta mil francos en París, y de la que apenas hacía uso. El millonario estaba habituado al carruaje de sus primeros años de opulencia, el cual, alecerle sobre los relejes del camino, le hacía pensar en sus negocios, como si el movimiento sacudiese sus ideas adormecidas. El automóvil era para las señoras. Pepita apreciábalo en mucho, porque era un motivo de envidia para las amigas. Doña Cristina consideraba como un homenaje a la fe el llegar en él a las puertas de la iglesia de los jesuitas. Era el *demier cri* de la devoción; daba a entender, según ella, que el progreso no está reñido con el dogma.

Doña Cristina dio al chófer la orden de llegar pronto a Bilbao, y el vehículo salió a toda velocidad por entre los tranvías y carruajes que llevaban gente a Las Arenas. La señora de Sánchez Morueta pensaba en la importancia de la reunión. Iban a tratar la conveniencia de una nueva romería a Begoña, tan ruidosa como la de la coronación de la Virgen, y no sabían si hacerla en el mismo año o dejarla para el siguiente. Convenía organizar un alarde de fuerzas, reunir todas las gentes del país vascongado amantes de las tradiciones, y que subieran entre banderas y cánticos al monte Artagán, como protesta contra las gentes de las minas y las fábricas, que se entregaban al monstruoso socialismo, y contra los *maketos* de la villa y sus hijos, que ya se consideraban de la tierra, gentes que hablaban de república y de anticlericalismo y llamaban en sus mítines «fetiche» y «nido de ratas» a la milagrosa imagen de la patrona de Vizcaya.

A la reunión de las señoras habían de asistir como directores e inspiradores el padre Paulí, un jesuita batallador que estaba de moda en el púlpito y el confesionario, y Fermín Urquiola, que era su hombre de acción, «mi brazo derecho», según decía aquel tribuno de la Compañía.

Doña Cristina admiraba a su sobrino viendo el afecto con que le trataban los Padres y cómo lo hacían partícipe de sus proyectos en bien de la religiosidad del país. Era casi una pasión lo que sentía por Urquiola. Cuando la visitaba, veía en él al representante de aquellos sacerdotes tan queridos, que de este modo indirecto entraban en su hogar. Fermín era una prolongación de la Compañía llegando hasta ella. Sentía una amarga decepción de enamorada al no poder pasar, en sus visitas a la casa-residencia, del salón de espera. Quería saber cómo era Deusto por dentro, aquel templo de la sabiduría envuelto en el misterio; y el sobrino, en sus visitas al hotel, cada vez más frecuentes, la deleitaba hablando largas horas de los lugares que ella no podía ver, por oponerse las reglas de la Compañía a las visitas femeniles.

Entreteníala Urquiola con las minuciosidades de la vida de cada Padre, enumerando sus méritos: uno había viajado por países salvajes; otro sabía seis idiomas; el de más allá tocaba el violín como un ángel; ¡y modestos, durmiendo en celdas pobres de pulcra curiosidad, dejando por las noches en una bolsa, colgando de la puerta, las ropas y los zapatos, que limpiaban los fámulos, y vistiéndose al romper el día para emprender su santa obra!... Vivían con cierto desahogo, pero en ninguna parte se encontraban las riquezas de que tanto habían hablado los impíos. ¡Y todos humildes y amables, olvidados de su brillante pasado, y eso que los había entre ellos que habían sido grandes en el mundo! Por eso los padres de la Compañía tenían algo de príncipes arrepentidos, ocultos bajo la sotana de la obediencia.

La Universidad de Deusto aún interesaba más a doña Cristina. ¡Cómo lamentaba ella no poder entrar en aquel palacio tantas veces admirado al ir y volver a su casa, no poder correr por la montaña de su parque y contemplar de cerca el San José que dominaba el paisaje bajo su dosel de luces eléctricas! La sabiduría de los buenos Padres se revelaba en todos los detalles del establecimiento. Allí estudiaban los hijos de las principales familias de España. La nobleza rancia y los ricos de sanos principios recluían a sus vástagos en la santa escuela. No corrían en ella peligro, como en las universidades laicas, de tropezar con profesores revolucionarios, y la ciencia antigua y moderna servíase después de bien pasada por el tamiz de Santo Tomás y otros grandes sabios de la Iglesia, únicos depositarios de la verdad.

El edificio estaba dividido en cuatro cuerpos independientes, y los alumnos en cuatro secciones que vivían aisladas, evitándose con este acordonamiento muchos pecados y ciertas propagandas. Las secciones sólo se veían de lejos en contadas fiestas del año o al verificarse algún acto literario en el gran salón, que parecía un teatro con galerías. En el techo, que estaba pintado al fresco, veíanse las figuras de San Ignacio y los padres más famosos de la Compañía, todos entre nubes, revoloteando camino del cielo.

Abajo, en el patio, estaban los invitados, los parientes masculinos de los alumnos, y en las galerías los estudiantes de las cuatro secciones, que, al verse frente a frente, se examinaban con curiosidad, como vecinos de una misma casa que sólo se tropiezan de tarde en tarde. Iban los más puestos de *smoking*, muy elegantes, como hijos de buenas familias que eran. Los mayores se rizaban el bigote y lucían sortijas. De una galería a otra se miraban con gemelos, lo mismo que en el teatro, enterándose unos de otros. «Aquel pequeñito, guapo, es de Salamanca, y muy rico... Ese moreno simpático es andaluz.» Y después de mirarse largamente, se saludaban con la mano... ¡Angelitos!

Los actos literarios eran controversias entre los alumnos «de punta», ensayadas previamente por los maestros. El estudiante que había de hacer las objeciones, oponiendo reparos a las santas doctrinas, era preparado con anticipación. Llevaba aprendidas unas cuantas tonterías, que representaban las ideas modernas, y el otro alumno las rebatía y pulverizaba en un periquete, triunfando de este modo la fe sobre la presuntuosa impiedad de la llamada ciencia moderna.

Un año, Urquiola, siendo estudiante de último curso, se había cubierto de gloria sustentando un tema propuesto por los maestros tras de larga deliberación: «¿Los Borbones, subiendo al cadalso en Francia, expiaron los atentados de su familia contra la Compañía de Jesús?...» Urquiola sostuvo la afirmación, demostrando que la guillotina había sido un medio indirecto de Dios para castigar a los reyes que osaron expulsar de sus dominios a los jesuitas. ¡Muerte e infierno para los que se atrevían a perseguir a los verdaderos representantes de Jesús!... Su contradictor mantuvo opiniones de dulzura y olvido; objeciones humildes y tímidas preparadas por los maestros. Pero, con gran disgusto de todos, no pudieron continuarse los ejercicios de esta clase, pues no faltó quien indicase a los padres de Deusto que era peligroso pagar con tales juegos literarios el apoyo de unos monarcas que les habían abierto de nuevo las puertas de España.

En las Pascuas de Navidad, el salón de actos se convertía en un teatro. Hasta en esto admiraba doña Cristina el talento y la virtud de los Padres. ¡Si todos los teatros fuesen como aquel, podrían asistir sin miedo las madres cristianas! La música era de las zarzuelitas y revistas en boga: pero en la letra está el pecado, y las palabras eran de ciertos Padres aficionados a la versificación. La mujer estaba excluida de todas sus obras. Con el mismo ritmo con que las chulas cantan «la falda de percal plancha», moviendo las caderas, un alumno cantaba las dificultades del Derecho natural con tanta gracia, que hasta parecía

sonreír el sombrío San Ignacio que volaba en el techo. *La viejecita* se titulaba *El viejecito*; todas las obras perdían su título femenino, y si en ellas figuraban dos amantes, convertíanse en dos primos compañeros de colegio, que, agarrados de la mano, juraban quererle mucho, estudiar y ser obedientes y humildes con sus maestros... ¡Serafines del cielo!

Doña Cristina conmoviase con el relato de estas fiestas. Bien se notaba que su sobrino se había educado en aquella Universidad. Así era tan caballero, tan cristiano, y dedicaba sus músculos de atleta a la buena causa de Dios. No era como la juventud que llegaba de Madrid, contaminada por las malas ideas y con un libertinaje en las costumbres que corrompía al país.

La esposa del millonario se sublevaba cuando oía hablar de las calaveradas de Urquiola, queriendo negarlas y acabando por defenderlas con repentina bondad. ¡Descarrios de la juventud y malos ejemplos de los muchachos que no habían sido educados en Deusto! Pero su fondo era bueno y aquello pasaría. Urquiola estaba reservado para altos destinos, ahora que se mezclaba en las luchas políticas. Tenía buenos directores, y ¡quién sabe si llegaría a ser diputado, repitiendo la palabra de Dios allá en Madrid, donde todos viven olvidados del cielo! Ella y su sobrino se bastaban para volver a todo Bilbao al buen camino, siempre que no les faltase el consejo de los sabios Padres.

Y la esposa de Sánchez Morueta, acariciando estos pensamientos, corría en su automóvil hacia la villa, dejando tras de las ruedas nubes de polvo.

Pepita, desde una ventana de su cuarto, siguió un momento la marcha del vehículo, y al desaparecer éste, esparció la mirada, con la vaguedad melancólica de los que se sienten enamorados y encuentran en todo lo que les rodea una nueva vida.

Nunca le había parecido tan hermoso el paisaje como en aquella tarde de verano. Estaba habituada a verlo desde su infancia, y sin embargo, ahora percibía en él algo nuevo, cual si acabase de descubrirlo.

Las gentes que pasaban a orilla del Nervión, por la carretera de Las Arenas, le parecieron más simpáticas que las de otros días. Eran familias de Bilbao que bajaban del tranvía para ir a la orilla del mar. Un grupo de obreros pasaba, camino del *chacalín*, por entre un bosquecillo de pinos. Cantaban a gritos, excitados por la proximidad del mar, el «Boga, boga, marinero» de Iparragirre, y el coro del bardo vascongado sonó de tal modo en el alma de la joven, que casi la hizo llorar. La ría brillaba bajo la caricia del sol. Más allá del puente de Vizcaya, cuya plataforma iba y venía pendiente de su manojito de cables, transportando carruajes elegantes, carretas de bueyes y pasajeros llegados en el tren de Portugalete, extendíase el abra, moviendo sus aguas de un azul plumizo. El mar libre chocaba en la línea del horizonte contra la muralla del rompeolas, coronándola de una nube de espuma que corría de un lado a otro como el humear de una locomotora invisible.

Al volver Pepita la vista tierra adentro, contemplaba avanzando sobre la ría un pedazo de Londres, pero bañado por un sol meridional: todo un pueblo de cobertizos fabriles e innumerables chimeneas, sobre el que pesaba el poderío de Sánchez Morueta, y que difundía en el espacio sus torbellinos de humo sonrosado por la luz de la tarde.

Bilbao estaba invisible. El horizonte cerrábase en el fondo con un escalonamiento de montañas. La joven conocía los nombres de todas estas cumbres. Las había visto durante muchos años, todos los días, al saltar de la cama, unas veces brumosas y delineando apenas su contorno sobre el cielo, otras veces rojas, con las manchas de sombra de sus barrancos y oquedades, destacándose sobre la inmensidad azul. Las más próximas, que parecían poder tocarse con la mano, eran Luchana y el Pico de Banderas. Después sobresalían sobre ellas, a una enorme distancia, en pleno riñón de Vizcaya, los gigantes del país, el Manarria y el Gorbea, y entre los dos, como una giba inaccesible cubierta de nieve, la Peña de Amboto, misteriosa y legendaria, en la que se desarrollaban los cuentos más tenebrosos de la imaginación vasca. Pepita recordaba sus terrores de la niñez, cuando su *aña*, para imponerle silencio, la amenazaba con llamar a la «dama de Amboto», especie de hada maléfica, hija de un *Jaun*, de un caudillo legendario, que vivía como encantada en lo alto del peñasco y únicamente salía de su cueva para quemar los mieses, matar niños y perseguir a los pobres aldeanos con toda clase de maleficios.

La joven permaneció mucho tiempo abstraída en la contemplación del paisaje. De vez en cuando miraba hacia el puente colgante, como si pretendiese reconocer a alguien de los que pasaban la ría. Creyó por un momento ver algo blanco que se agitaba en la plataforma: tal vez un pañuelo que la saludaba con cierta discreción, como temeroso de atraer la curiosidad de la gente. Después ya no vio nada; y creyendo en un engaño del deseo, siguió contemplando el paisaje con mirada vaga, sumiéndose poco a poco en dulce somnolencia. La joven despertó al sentir en su espalda la mano del *aña*. —«Ese» está ahí —dijo con tono misterioso—. Hay que bajar al jardín.

A la melancolía sucedió en la joven la inquietud, el temor. Había venido preparando durante mucho tiempo esta entrevista con Fernando Sanabre, y al llegar el momento temblaba como si fuese a realizar un delito. El *aña* rió de los temores de la señorita, a la que trataba con la misma familiaridad que cuando era niña. ¡Inocente! ¿Qué mal podía haber en aquel encuentro de novios, en plena tarde, en un jardín y bajo la mirada de ella, que era como su madre? Pero Pepita no lograba tranquilizarse: el respeto y el miedo a mamá la dominaban. Esperaba que de un momento a otro apareciese la severa figura de doña Cristina tras un arriate del jardín.

Solamente había accedido a la entrevista después de infinitos ruegos de Fernando. Este se desesperaba por no haber hablado ni una vez a solas con su novia, teniendo que contentarse con las rápidas palabras cambiadas al entrar y salir en la casa de su jefe o con las cartas que llevaba y traía el *aña* complaciente.

Pepita quiso que se encontrasen en el jardín, a la vista de la servidumbre, creyendo esto menos censurable que recibir al ingeniero dentro de la casa.

Quando la joven se vio bajo los árboles, Fernando atravesaba ya la verja, haciéndose de nuevas ante el portero al saber que la señora no estaba en casa. Venía a visitarla y a enterarse al mismo tiempo de cuándo regresaría don José de su viaje; pero ya que la señorita estaba en el jardín, pasaría a saludarla.

Los dos jóvenes quedaron indecisos, con la emoción de la timidez, al verse frente a frente.

—¡Vaya, pasead! —dijo animosamente la ruda Nicanora—. Decid algo: hablad sin miedo. Aquí estoy yo para avisar si algo ocurre.

Y poco a poco fue quedándose rezagada, dejando que los novios anduviesen lentamente, la vista en el suelo, con el atolondramiento del que ha pensado muchas cosas para decirlas y no sabe cómo empezar.

De vez en cuando se miraban sonriendo. El la acarició con los ojos, poniendo en su gesto toda la pasión que se revolvió inquieta en su interior y no encontraba palabras para exteriorizarse. El silencio del jardín, la calma de aquella tarde de verano, parecían adormecer el pensamiento de los dos, dando una vida extraordinaria a sus sentidos. Creían percibir considerablemente

agrandados los movimientos al pasar por las arterias de sus sienas. Poco a poco envolvía la alegría de la Naturaleza, cómplice de las dulzuras del amor: el canturreo del agua desgranándose en el tazón de una fuente; el crujido de los troncos al estallar sus cortezas a impulsos de la savia; el lento murmullo de las hojas moviéndose solemnemente en el espacio caldeado, entre nubes de insectos que brillaban al sol como un chisporroteo de oro.

Fernando fue el que primero habló, comenzando, como todos los amantes, con la expresión de la felicidad que sentía al verse por fin junto a la mujer amada. ¡Cómo había deseado este momento!... Recordaba las horas de muda contemplación allá en su despacho de los altos homos, con la vista fija en las cartas de ella, como si la letra de Pepita le hablara misteriosamente y su sonrisa brillase entre los renglones.

—Mira, nena —decía el ingeniero, subiendo de tono en su apasionamiento—. Tu voz, tu divina voz es lo que más me conmueve. Yo creo que te quise siempre; desde que te conocí, siendo aún muy niña. Te amaba sin darme cuenta de ello; pero el día en que vi claro, en que supe que te quería, fue escuchando una de esas canciones vascocongadas, tan dulces, tan tristes, que parece que cantas con el alma.

Fernando se había dado cuenta de su amor oyéndola cantar el *Goizeko izarra*, la invocación a la estrella de la mañana. El no entendía la letra, pero la música ¡ah, la música! había penetrado en él hasta lo más hondo, como un arañazo despertador de su alma. Después había hecho que le tradujesen la letra.

—Ya la se —continuó el joven—, la conozco, y creo en ella: siento su infinita ternura. «La estrella de la mañana, sin mancha alguna, brilla en el horizonte; pero a tu lado, querida mía, palidece y casi no se ve...» Eso es lo que yo pienso, mi vida.

Y con el énfasis de todo enamorado, la comparaba con el astro del amanecer, resultando que la amante vencía a la estrella en hermosura y esplendor.

Pepita, tranquilizada ya, reía ante el entusiasmo hiperbólico de su novio. ¡Qué exagerado! ¡Qué... romántico! Pero ¿era verdad que le causaba tanta impresión su voz?... Y se extrañaba de buena fe de que una canción pudiese conmoverle tan hondamente. Ella cantaba por distraerse; parecía una locura tomar en serio lo que se dice con acompañamiento de música: todo eran falsedades dulces, inventadas por los artistas para alegrar la vida; muy bonitas, eso sí, pero al fin mentiras.

Por la memoria de Fernando pasó, como una ráfaga de viento helado, una frase que varias veces había oído al doctor. Aquella raza aparte sentía una afición loca por la música; cantaba en todos los momentos de su vida, y sus cantos tenían la tristeza melancólica del paisaje; pero la emoción era de labios afuera, un sentimentalismo exterior que se perdía en el aire.

—No, nena —dijo el amante—. Es tu alma entera lo que pones, sin saberlo, en tu voz. Tú eres para mí la estrella de la canción; pero no te diré, como al final de ella: «Adiós por siempre, adiós.» Si yo te perdiese después de ser amado, no sé qué sería de mí. Di que me quieres, Pepita, di que me amas.

La joven, con cierto pudor, resistiase a decir de viva voz lo que tantas veces había escrito en sus cartas.

—¿No lo sabes? —respondió evasivamente—. ¿No te lo he dicho muchas veces?

—Pero repítelo: quiero oírlo de tus labios. Di que me amas.

Y Pepita, mirándole por primera vez en los ojos, dijo con cierta gravedad, como poniendo en sus palabras el peso de un juramento solemne: —Sí, te quiero; te amo, Fernando.

¡Oh, aquella mirada!... Fue para el ingeniero lo mejor de la entrevista, y la recogió en su memoria, esforzándose por conservarla con toda su luz, para que le acompañase en las largas horas que pasaba allá en la fundición entregado a la vida de los recuerdos.

Sanabre se convenció de que era amado por Pepita. Su mirada, su voz, valían más que todos los papeles preciosos que guardaba en su despacho.

Ella, que se burlaba con indulgente superioridad al oírle hablar de canciones y de estrellas, influida por el positivismo de su raza, mostrábase sincera al mirar al hombre. Fernando era para ella ese ideal abstracto que se forja toda mujer al sentirse enamorada por primera vez: el hombre modelo, conjunto de gracia y de fuerza, de sentimentalismo y energía, capaz de enternecerse ante una flor y de pelear como una fiera; ese personaje, en fin, mezcla de tenor amoroso y paladín membrudo, creado por las novelas, que nunca se ve en la realidad y turba los sueños de las vírgenes.

—Sí, te quiero —repitió Pepita—. Por mí no temas, no seas niño; nunca me dirás adiós.

—¡Bebé, dulce bebé! —exclamaba con entusiasmo el ingeniero—. ¡Cuánto te amo! ¡Qué feliz soy!...

Y el *aña* Nicanora, que los seguía de cerca, oyendo muchas de sus palabras, sonrió con cierta lástima. Todos los novios eran lo mismo; iguales los aldeanos que los señoritos: alguna diferencia en las palabras y nada más. Sólo sabían repetir tonterías, poniendo en su voz tanta solemnidad como si la existencia del mundo dependiese de lo que se dijeran. ¡Ah, la juventud!... Y continuó sonriendo con la indulgencia de un veterano ante el entusiasmo de los dos jóvenes.

Fernando, más tranquilo después de las palabras de su novia, habló del porvenir. Trabajaría; ¡quién sabe hasta dónde puede llegar un hombre!... Desde que estaba enamorado sentíase con nuevas fuerzas para el trabajo. Bullían en su pensamiento ciertas invenciones industriales, que, de realizarse, darían nuevas ganancias a Sánchez Morueta.

Pero el recuerdo de su jefe abatió las ilusiones del ingeniero.

—¿Qué dirá tu padre cuando se entere de nuestros amores? Ya conoces por mis cartas la inquietud que esto me causa; me roba el sueño muchas veces... ¿Y tu madre? ¡Qué miedo la tengo!... Somos muy felices amándonos, pero el porvenir nos guarda muchos dolores. ¡Si todos en tu familia fuesen como el doctor!...

Y hablaba con entusiasmo de Aresti, de la bondad con que seguía sus amores.

—Sí, mi tío es muy bueno —dijo Pepita, hablando del doctor como de un pariente lejano del que sólo se acordaba la familia de tarde—. ¡Lástima que tenga esas ideas! Es un *Planeta* muy simpático; pero mamá cree que está loco.

Lo incierto de su porvenir llevó de nuevo a los dos jóvenes a hablar de sus amores.

Fernando sentía miedo. Los padres de ella proyectarían casarla con el vástago de alguna familia millonaria; tal vez con un señorito de escasa fortuna que pudiese ofrecerle viejos títulos de nobleza. En todos pensarían antes que en él, que no era más que un servidor intelectual de la familia. ¡Perderla amándola tanto!... ¡La diferencia de fortuna, la maldita ley de clases, les podía cerrar el camino, separándolos!...

—Tonto, ¡pero si yo sólo te quiero a ti! —dijo la joven sonriendo.

Y el ingeniero, conmovido por estas palabras, en un arranque ingenuo de agradecimiento, intentó coger las manos de su amada. Esta las retiró detrás del talle, frunciendo las cejas con gesto duro.

—Quieto, ¿eh? —dijo, pasando sin transición de la dulzura a la altivez, con una voz que no parecía la misma, ofendida como si el joven hubiese intentado una monstruosidad.

De nuevo pasó por Fernando el recuerdo del doctor Aresti, con una de sus paradojas atrevidas que le valían la fama de loco. «Este es un país sin corazón, donde nunca se ha visto que una muchacha se escape con el novio.»

Sanabre quedó largo rato cohibido y como avergonzado por el brusco movimiento de la joven. Pepita parecía arrepentida de la viveza de su protesta, pero callaba, aguardando a que fuese él quien reanudase la conversación.

—Tal vez quiera tu madre que Fermín Urquiola sea tu marido —dijo el ingeniero tristemente.

La joven aprovechó la ocasión para recobrar su voz tierna de enamorada: —Con ése, nunca, ¡nunca!

Y habló de la repugnancia que le inspiraba Urquiola con sus petulancias de buen mozo, cortejando a un tiempo a varias señoritas de la villa y escogiendo entre ellas, con la frialdad del cálculo, la que mejor conviniese por su fortuna. Además, conocía su vida. Las jóvenes, en las tertulias, hablaban de él a hurtadillas como de un don Juan que atraía a las tontas con el maléfico encanto de sus calaveradas. Todas sabían que tenía una mujer allá en Bilbao la vieja, una antigua costurera, con la que vivía maritalmente. Hasta había oído decir que tenían hijos.

—¡Oh! Con ése, nunca, ¡nunca! —repitió con gestos de repugnancia.

Ella era incapaz de rebelarse ante su madre, pero osaba ponerse frente a ella siempre que se trataba de apreciar los méritos de este pariente tan querido por doña Cristina. Y como si al pensar en Urquiola recordase algún defecto moral de su novio, preguntó a éste con dulzura:

—Dime, Fernando: ¿tú tienes religión? ¿Es verdad que piensas como mi tío?... Di que no, Fernando, di que no.

El ingeniero miró a su novia, que le contemplaba con ojos interrogantes, de una alarmada candidez, como si temblase ante su respuesta. Sanabre recordó un momento a Fausto en el jardín de Margarita. Otra muchacha inocente, aunque menos apasionada que la burguesilla germánica, le preguntaba a él en un jardín cuál era su religión. Sintió impulsos de romper en un himno a sus creencias humanas, como el fantástico doctor. Pero el miedo al ridículo le contuvo; su instinto le avisó el riesgo de alarmar a esta alma soñolienta.

—Sí, vida mía, tengo religión —dijo evasivamente—. Creo que el hombre debe ser bueno y feliz sobre la tierra, y para eso trabajo.

Pepita pareció no comprenderle, y habló de su madre. Si le hacía aquella pregunta, era porque doña Cristina, que se acordaba pocas veces de Fernando, no viendo en él más que un dependiente, había dicho un día que era igual a su primo el doctor.

—¡Si supieras cuánto me hizo sufrir sólo la sospecha de que esto fuese verdad! No quise decírtelo en las cartas; pero deseaba que nos viésemos, para convencerme de que no es cierto. Ahora estoy tranquila. Ya lo decía yo: ¡si eso no puede ser! Fernando es bueno; algo loco, eso sí, un poquito romántico, como todos los que no son de esta tierra, pero es imposible que piense los mismos disparates que el pecador de mi tío. Y aproximándose al joven como si fuera a ofrecerle, con una dulzura opuesta a la huraña repulsión de poco antes, añadió:

—Si crees en Dios, ¿por qué no vas, como los muchachos de Bilbao, a confesarte con los Padres? ¿Por qué no te veo nunca en la Residencia?...

Sanabre se encogió de hombros, no sabiendo qué decir, mientras Pepita seguía hablando. El, indudablemente, iría a misa todos los domingos en la iglesia más próxima a los altos hornos, ¿verdad? En sus ojos se leía por anticipado la afirmación a la pregunta, como si no pudiera ocurrírsele la sospecha de que el joven pasase sin oír misa los días festivos... Poco le costaba bajar a la villa, frecuentando la iglesia de la Residencia. Dios estaba en todas partes, pero ella —no sabía explicarlo bien— creía que en aquel templo tan bonito y tan cómodo se hallaba más cerca. Además, la religión era allí más distinguida: sólo se veían personas decentes.

—Tengo mucho que hacer —dijo el ingeniero evadiendo la respuesta—. Yo pertenezco a mis deberes. El trabajo también es una religión.

La joven siguió hablando, inspirada ahora por el egoísmo del amor. Nada perdería aproximándose a los Padres, intentando la conquista de su simpatía. Eran personas muy buenas, que se interesaban por los demás, trabajando por su felicidad. Para ellos no existían obstáculos: todo lo hacían llano con su sabiduría. Había que seguirlos con los ojos cerrados. ¡Si ellos quisieran ayudarles!, ¡ay! ¡entonces no tendrían que temer nada!...

—Fernandito —dijo con voz acariciadora—, ve por allí: hazte simpático; tengo la certeza de que mamá te miraría mejor si algún Padre la hablase de ti... ¡Y yo sería tan dichosa!... —Veremos, veremos —murmuró indeciso el ingeniero. Dudó, con cierta esperanza, ante el camino tortuoso que le proponía su novia. Experimentaba la cobardía del amor, y cerraba los ojos. El, que era capaz de los mayores esfuerzos por conseguir a la mujer amada, ¿por qué había de sentir escrúpulos ante un miedo que tal vez era el del éxito?...

—Te quiero —dijo con entusiasmo—. No hay nada que me detenga para llegar hasta ti. Buscaré a esos Padres, iré a la Residencia, seré *luis*: todo lo que tú me digas. Pero ¿y si a pesar de eso tu familia no me admite? ¿Y si tu madre quiere casarte con otro?... Sanabre abordó por fin la gran cuestión que su inquietud amorosa traía preparada, lo que más le había hecho desear esta entrevista.

Pepita bajó los ojos, indecisa y pensativa. No osaba mirar a su novio, como si temiese que éste leyera en su pensamiento.

—Di, mi vida —siguió preguntando el ingeniero—. ¿Y si se oponen a nuestro amor?... Si nos separan, ¿qué harás tú?

La joven eludió la respuesta, diciendo con ternura:

—Yo te quiero mucho, Fernando. Te amo.

—Lo sé, y mi alma se llena de alegría al escucharte. Pero hablemos seriamente: dejemos los romanticismos, como tú dices. Yo soy pobre y tú eres inmensamente rica. ¿Serías capaz de cambiar tu vida de opulencia por una existencia modesta al lado de un hombre de trabajo, que te amaría mucho... mucho?

Pepita no pareció conmovirse ante el cambio de vida que la proponían, ni sintió miedo de esta modestia de que hablaba el ingeniero.

—Tú trabajarás, Fernando; tú serás rico. Y lo decía con su convicción de muchacha feliz que no creía en la posibilidad de la pobreza, como si ésta sólo estuviera reservada a gentes de otra raza y no pudiese llegar a ella ni a ninguno de los que la rodeaban. Vivir sin las ventajas de la riqueza, que la hacían ser la primera en todas partes, le parecía un absurdo del que era innecesario hablar.

—¿Y si tus padres te ordenan que me olvides? ¿Y si nos separan?... ¿Serás capaz de resistir a su voluntad? ¿Les desobedecerás para ser mi mujer?...

Se agrandaron los ojos de Pepita con expresión de asombro, como si escuchase algo inaudito, como si ante ella se abriese un peligro no previsto ni imaginado, algo monstruoso que rebasaba los límites de lo humano.

—Te quiero, Fernando; yo no te olvidaré nunca. Y no dijo más. Su novio la acosaba con preguntas. Quería conocer su valor ante el futuro peligro, apreciar la fuerza de su voluntad, medir la extensión de su amor; pero ella, con la cabeza baja, eludía tenazmente la respuesta, siempre con el mismo juramento: «Te quiero, te amo.» ¿A qué hablar de lo que aún estaba por venir? Ya pensarían los dos lo que debía hacerse cuando llegase el momento.

Quedaron en un silencio doloroso. Ella parecía ofendida de que la quisiera obligar a violentas resoluciones; él pensaba de nuevo en el doctor, en aquella guitarra trovadoresca de que le había hablado el burlón Aresti al describir su vehemencia amorosa. Realmente, eran de razas distintas; sentían las pasiones de diverso modo. Y el ingeniero adivinaba algo de ridículo en su situación, como si, realizándose las irónicas fantasías del doctor, acabaran de sorprenderle dando una serenata ante el hotel del millonario.

Aún pasaron mucho tiempo los dos amantes. Deteníanse para contemplar una flor; seguían con atención infantil los saltitos de los pájaros corriendo por los andenes. Al enfriarse un tanto su apasionamiento se daban cuenta de lo que les rodeaba, y veían por primera vez el jardín con todas sus bellezas, como si hasta entonces hubiese permanecido oculto entre nubes.

Sanabre deseaba irse. Comenzaba a caer la tarde y podía presentarse doña Cristina. Pero al mismo tiempo pensaba con miedo en las horas de angustia que le esperaban allá en los altos hornos si se retiraba llevando sobre su alma el peso de su decepción.

—¡Al menos, dime que me querrás siempre! —dijo cogiendo una mano de Pepita, como si hubiese olvidado la protesta de antes—. ¡Dime que, ocurra lo que ocurra, no me olvidarás!

—Sí; te quiero: no podré olvidarte nunca. Y dejaba su mano entre las de Fernando, sin resistencia, con la misma tolerancia con que se entrega un objeto precioso al niño enfurruñado para consolarle. El ingeniero quiso olvidar, y acarició con arrobamiento aquella mano, que recordaba, al través de su finura, la garra potente de Sánchez Morueta.

La intervención del *aña* interrumpió su embriaguez amorosa. El portero acababa de abrir la verja, y el automóvil de la casa, después de un retroceso para reanudar su marcha, entró lentamente por la avenida principal del jardín.

Corrieron los jóvenes, seguidos por el *aña*, hacia la entrada del hotel, para salir al encuentro de doña Cristina.

Al descender ésta del automóvil y ver a Pepita con el ingeniero, miró severamente al *aña*. Pero la mujerona le contestó con otra mirada arrogante de vieja servidora que se permite por su antigüedad no admitir repulsas. Aquel señorito había venido de visita, y se había paseado con Pepita por el jardín, siempre bajo su vigilancia: ¿qué mal había en ello?... Sanabre no pudo ocultar su turbación al saludar a la señora de su jefe. Había venido para saber cuándo regresaría don José de su viaje.

Doña Cristina le contestó fríamente. Podía haberse ahorrado la molestia de la visita preguntando por teléfono. —Es que, además, deseaba ver a ustedes —dijo Sanabre. —Muchas gracias —contestó con altivez la señora—. Agradezco su atención. ¿Entra usted?...

Y con los ojos le daba a entender al mismo tiempo que podía retirarse.

La joven vio cómo se alejaba su novio humillado y cabizbajo. Después subió su cuarto, esperando de un momento a otro la temible aparición de su madre encolerizada.

No subió. Pepita creyó oír a lo lejos su voz temblona de ira y la del *aña* que le contestaba con no menos acritud.

Por la noche, al reunirse en el comedor, doña Cristina miró a su hija con insistencia, pero sus palabras fueron breves.,

—Que sea la última vez —dijo— que recibas visitas ni dentro de casa... ni en el jardín. También es casualidad venir ese... individuo la misma tarde en que te quedas sola diciendo que estás enferma.

Y sus ojos se fijaron en la joven, como si quisieran escudriñar su alma. Pero Pepita permaneció impasible, con ese disimulo sereno que no se aprende, que es instintivo en la mujer y se agranda con el amor.